

La exposición de 1959

(Una visión de conjunto)

En 1959 se efectuó en Santiago una exposición muy completa de la obra pictórica de Rugendas, especialmente referida a Chile. El catálogo fue impreso en los talleres del Prestel-Verlag, en Alemania. Los chilenos pudieron admirar cuadros al óleo, acuarelas y dibujos a lápiz de la extraordinaria colección que se conserva en la Staatliche Graphische Sammlung de Munich y que fueron adquiridos por el Estado de Baviera poco tiempo después de volver J.M. Rugendas a su patria.

Luis Oyarzún, quien en 1959 se desempeñaba como decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, escribió en el prólogo de ese catálogo lo siguiente:

“Gracias a la extraordinaria intensificación de los lazos culturales entre la República Federal Alemana y la América Latina, que nos trae este año centenario colocado bajo el nombre ilustre de Alejandro Humboldt, tenemos la oportunidad de conocer en una gran visión de conjunto la obra de Juan Mauricio Rugendas. No por azar estos dos nombres se nos ofrecen unidos. Fue Humboldt, en efecto, quien impulsó al pintor bávaro a emprender un segundo viaje a América y, si no hubiera sido por él, acaso no gozaríamos ahora de esta prodigiosa colección de imágenes de nuestra naturaleza y de nuestro pasado.

El genio universal de Humboldt, clásico y romántico al mismo tiempo, era igualmente sensible a los monumentos perennes del pasado y a las novedades de las tierras vírgenes. Rugendas sería, bajo su estímulo, un nuevo representante de ese impulso a la vez artístico y científico y de ese designio de enlazar ambos mundos espirituales que la Ilustración promovió y el Romanticismo vino a consolidar en las postrimerías del siglo XVIII, justo

en los momentos en que nuestros países se preparaban para organizar una nueva vida.

No es extraño, entonces, que Rugendas se nos aparezca entroncado en la estirpe nobilísima de nuestros cronistas, de aquellos hombres que, como Ovalle, Rosales y Molina, supieron ver amorosamente las formas, sustancias y gestos del Nuevo Mundo”.

VALOR DOCUMENTAL Y ARTISTICO

A su vez Peter Halm recordaba que Rugendas había adquirido una bien merecida fama cuando al regreso de su primer viaje a Brasil publicó en París sus impresiones en la obra titulada *Voyage pittoresque dans le Brésil*, enriquecida con 100 litografías, entre los años 1827-1835.

“El principal mérito de J.M. Rugendas, dice ese autor, estriba en los temas y objetos que eligió para su arte: uno de los primeros de su época, se dedicó a captar en miles de dibujos, acuarelas y apuntes al óleo, y más tarde también en pinturas de dimensiones mayores, las ciudades, los tipos y las costumbres, tales como los viera en los países tan distintos entre sí del continente americano. Su fuerza creadora se inflamaba ante la visión de tierras por él ignoradas, inspirándose cada vez más en la grandeza y majestad de su naturaleza y en el cariño que sentía por sus habitantes. Trabajó con una fidelidad extraordinaria, como si fuera geógrafo, botánico y etnógrafo en una persona. Y es precisamente por esta cualidad que sus dibujos y pinturas adquieren otro interés, específicamente histórico, ya que, dado el rápido desarrollo de la civilización moderna en los países americanos, se han convertido, al cabo de un siglo, en testimonios gráficos de un pasado que parecen hablar una lengua más comprensible e inmediata que todas las fuentes literarias y que en repetidas ocasiones han comprobado su valor documental.

Desde hace varios decenios se viene descubriendo cada vez con mayor claridad la categoría puramente artística de Rugendas. Las generaciones anteriores veían en su obra principalmente la de topógrafo y cronista —aspecto cuya importancia se sigue reconociendo—, mientras que hoy se admira más aún su valor específicamente pictórico, que no fue igualado sino pocas veces por la pintura alemana de su época.

En Rugendas se combina el afán de reproducir escrupulosamente los objetos y su forma, con una acusada sensibilidad por las transiciones matizadas, por los fenómenos atmosféricos en el cambio de las horas del día y de las estaciones del año, sensibilidad que se traduce del modo más

inmediato en la admirable ligereza y soltura de sus apuntes al óleo. Parece que esta facilidad pictórica la debe sobre todo al contacto que tuvo en París con Groz, Gérard, Vernet y David, y también con Delacroix. En los años anteriores, en el Brasil, fija sus impresiones exclusivamente con los medios del dibujo, en el estilo un tanto rígido del mismo, mientras que durante su estancia en México llega a preferir los apuntes al óleo de tamaño reducido, desarrollando una magnífica técnica que justifica el que le contemos entre los precursores del impresionismo europeo. Aquí está su carácter propio y su mérito, más que en la composición de figuras. Para el retrato, en cambio, no tuvo tanta facilidad, pues por un lado se sentía como dependiente de su modelo, y por otro, demasiado sujeto a las reglas casi dogmáticas de los retratistas franceses, como por ejemplo de Ingres.

De vez en cuando, Rugendas sabe realizar magníficamente sus apuntes costumbristas y sus paisajes dándoles un sabor de puro sentimiento romántico. Su sensible imaginación siempre es uno de los factores que determinan la formación de sus cuadros. Con ello se acerca —sin llegar a identificarse con ella— a una de las corrientes predominantes de su época, el romanticismo europeo del siglo XIX, uno de cuyos rasgos característicos se manifiesta también en su anhelo de conocer tierras lejanas aun a costa de sacrificios y aventuras. No es de extrañar, por lo tanto, que al contemplar sus cuadros nos parezca que guardan cierta relación de parentesco con pintores como Delacroix, Géricault y Chassériau.

Sin embargo, por más vivamente que sintiera los efectos recíprocos entre las impresiones recibidas de la naturaleza y el alma humana, la realidad siempre fascinante que conoció en sus viajes le preservaba de la tentación de dejarse llevar por un patetismo poco sincero, inspirándole 'la convicción de que en medio de la prodigiosa y salvaje plenitud de una naturaleza tan maravillosa, siempre se produce el efecto pintoresco por la verdad y la fiel imitación de las formas'.

Son éstas las palabras con que Alexander von Humboldt caracteriza el arte de Rugendas, observando pronto que el joven pintor se dedicaba a una contemplación 'fisonómica' de la naturaleza, parecida en el fondo a la suya, y concediéndole siempre su ayuda y su consejo amistoso. Pues Humboldt consideraba la pintura no sólo como una forma de expresión artística, sino a la vez como medio para adquirir conocimientos científicos, por lo que le gustaba ver completada la descripción verbal por la representación gráfica, siempre que ésta partiera de la verdad y fidelidad".

La doctora Gertrud Rickert, por su parte, escribió para esa ocasión (1959) emotivas notas biográficas, de las cuales transcribimos algunos párrafos.

Rugendas llegó en julio de 1834 a Chile. En su gran plan de viaje por el mundo iberoamericano había incluido a Chile ante todo por dos razones: quería ver a los belicosos araucanos y admirar la sublime grandeza de los altos Andes pasando por ellos a las pampas argentinas. Ya desde el barco había dibujado el 30 de junio de 1834 la silueta de la isla de Juan Fernández, isla de Robinson y el mar muy agitado delante de ella.

Su viaje al volcán Antuco, a la laguna del Laja y al país de los araucanos que pudo emprender en septiembre de 1835 resultó tan feliz, que le ganó definitivamente el corazón para Chile. Es interesante ver cómo la alegría de conocer el mundo araucano se revela en sus obras. Al lado de sus dibujos ejecutó una serie de pequeñas acuarelas de colores tan vivos y atrevidos como no los conocemos de su mano ni antes ni después.

Rugendas vio esta tierra bizarra en que los indios tenían todavía su completa independencia hasta el extremo de vivir durante semanas con ellos y de recorrer el país más allá del Biobío hasta Cautín. Su profunda humanidad logró pronto valerle la amistad de un cacique picunche. Pudo estudiar a diversas tribus, observar su carácter, sus costumbres, estimar por sus propios ojos lo que le había entusiasmado en la lectura del heroico poema de Ercilla. Hasta pudo prestar un servicio importante al Gobierno de Chile. Habían realizado los indios una de sus incursiones sanguinarias. Después de combatirles el Gobierno de Chile quiso negociar la paz. Rugendas pidió al general Bulnes permiso para acompañar al oficial parlamentario, y como encontró en los indios a su amigo cacique de los picunches pudo ayudar en las negociaciones.

Trabajó mucho e hizo excelentes estudios del paisaje y de la gente. Estudió el pueblo chileno que, en su sencillez, su carácter bueno y amable, le cautivó siempre con mayor fuerza.

Rugendas llegó a Chile siendo un perfecto maestro del dibujo y continuó siéndolo. Ejecutó sus dibujos a lápiz y a pluma con un acierto magnífico. Hizo algunos dibujos a lápiz de punta muy aguda con una finura increíble, sabiendo dar los más mínimos detalles con la mayor claridad y exactitud.

Sus acuarelas son de encantadora viveza colorística y brillante fuerza luminosa. La gama de tintas es tan rica y atrevida que a pesar de su tamaño pequeño merecen la más viva admiración. Pintó también cuadros al óleo de

tamaño mayor, sobre cartón o sobre tela. La riqueza y variedad de sus temas son enormes.

Del paisaje chileno, desde la pintoresca costa y el mundo grandioso de los Andes hasta el majestuoso Antuco al sur, conocemos todo. Y qué bien representa los alrededores de Valparaíso o de Santiago, el camino a Santiago, Quillota, los ríos Maipo y Mapocho y muchos lugares más.

Gozó fama de ser excelente retratista. Lo probó en muchos retratos, todos a lápiz en tamaño pequeño. Es verdad que en este aspecto las obras conservadas en Chile superarán en número a las de Alemania, pero no por esos nos agradan menos los finos retratos de señoras o señores de la sociedad chilena, de encantadores jóvenes o amables tipos populares, que se encuentran en München o en Augsburg. Admiró muchísimo a los jinetes chilenos. Dijo que eran los más elegantes y atrevidos que conociera.

Fue maestro en las vivas escenas costumbristas. Supo narrar con talento singular y a veces humorístico lo que observaba a su alrededor. Tienen un valor extraordinario sus dibujos de las varias tribus indias, de sus tipos, de sus trajes, dando de estas razas, desaparecidas hoy en la civilización niveladora, ilustraciones del mayor interés científico-etnológico. En una acuarela nos pinta indios cabalgando en los vastos terrenos del Biobío con tanta fiereza y bravura que adivinamos su carácter orgulloso, violento y rudo, en que se advierte la primitiva naturaleza. Ganó celebridad por una importante obra, una serie completa en que en más de 25 cuadros describe con talento dramático la historia de un ataque bárbaro de los indios a un puesto chileno. Muestra el asalto, el robo de las mujeres y de los animales, los combates violentos cuando los hombres vuelven, el sufrimiento cruel de las mujeres, la fuga de algunas, y finalmente negociaciones y canje de prisioneros. Existen los dibujos para estas escenas en München; son admirables en composición y expresión. Rugendas pintó grandes cuadros de las diferentes escenas, y gustaron tanto que debió repetirlas muchas veces. El museo de Augsburg posee todavía algunos.

Merece especial mención el interés cariñoso con que se dedicó en Chile a los animales, y no sólo a sus queridos caballos, sino también a toros, vacas, burros, cabras, ovejas, en suma, a todos los animales que veía y estudiaba en las haciendas en que se le invitó con gusto. Representó estos animales concienzudamente con su magistral realismo y acierto.

Quería el artista quedarse unos meses en Chile y pasó ocho años en el país. Eran años diferentes entre sí, llenos de alegrías y de penas, de esperanzas y decepciones: ¿Pueden considerarse de provecho para su arte? Creemos que sí. Numerosas obras que no quisiéramos echar de menos lo atestiguan. Y, cosa rara: cuando Rugendas después en Alemania ansiaba

volver a su actividad tan fértil y feliz en los países de Iberoamérica, no sintió nostalgia por México, anheló volver a Chile, prueba manifiesta de que a este país pertenecía su grande e íntimo cariño.